

## Dos textos de “En tierras de Bolívar”

JOSÉ JUAN TABLADA

En la quinta de Bolívar<sup>5</sup>

*¡Qué suplicio mayor que el de la vida  
sabiendo ya con honda certidumbre  
que su parte de dicha está vivida  
y todo lo que falta es pesadumbre...!*

Rafael Pombo<sup>6</sup>

La Quinta de Bolívar me ha parecido el relicario de la tristeza de Bolívar. Al mismo pie del Montserrate, del hosco peñón que por próximo resulta enorme y abrumador; la Quinta a su vez, parece hundirse en un cráter. Llegamos al pórtico que encuadra una puerta de hierro forjado y que recuerda, aunque en pequeñísima escala, la estructura de los arcos de triunfo. De la puerta a los

<sup>5</sup> *El Tiempo* (Bogotá), 22 jun. 1919 2. También en *Cultura Venezolana* (Caracas), II (núm. 7, jun. 1919) 54-58. Más tarde Tablada volverá a publicar este mismo artículo con nuevo título (“En la casa del héroe”) en *El Universal*, 18 de diciembre de 1930, 1ª secc. 3. Se suprime el penúltimo párrafo y el texto termina con “¡Bolívar no puede dominar mientras tiembla su América!” Este texto viene precedido de la siguiente nota: “(Del libro inédito *Por tierras de Bolívar*)”. [Esperanza Lara Velázquez aporta además la siguiente referencia sobre una nueva reproducción del artículo: *Revista de Revistas*. Año X, núm. 485, 17 ago. 1919 21-22. N. del E.].

<sup>6</sup> Rafael Pombo (1833-1912), prolífico poeta romántico colombiano.

corredores de la Quinta, que se divisa en el fondo, semejante a un bungalow, media una avenida sombreada de pinos, que se recorre lenta y religiosamente durante los breves compases de la ideal marcha fúnebre sugerida al espíritu por la grave leyenda del sitio venerable. La tarde de frío invierno bogotano agrava aquella melancolía que semeja apartarse a nuestros pasos para ir a emboscarse más allá, bajo las coníferas umbrías o entre las distintas arquitecturas del fondo.

Otras residencias de próceres visité que no me insinuaron tal tristeza. La casa campestre de Washington en Mount Vernon, de holandesa pulcritud, de intactas praderas, de boscajes llenos de trinos de aves, semeja en conjunto un terso grabado inglés de limpios colores. En los jardines de la antigua Malmaison, donde habité varias semanas, oí las campanas de Rueil que angustiaron al ánimo de Napoleón... Uno y otro sitio preparan con serenidad armoniosa para la eficaz evocación; uno y otro paraje parecen sustraer a nuestro pésame la tristeza que contienen, para plasmarla y exaltarla monumentalmente, en estatuas de mármol frío, en relieves de bronce silencioso, arrancándolas al suelo atormentado y a nuestros ojos pensativos para bañarlas en oro y en azul, sobre las columnas votivas y los arcos triunfales.

¿Por qué la tristeza legendaria de Mount Vernon y la Malmaison, parece ya monumentalizada, fría, clásica, integrada totalmente a la historia, cuajada para siempre en mármoles definitivos, remota y casi ajena a nosotros, como la desesperación del Laocoonte o el dolor de las Nióbides, en tanto que la tristeza de Bolívar, en la Quinta de Bolívar, está a nuestro lado próxima y palpable?... ¿Por qué los númenes de Napoleón y de Washington parecen ya integrados al mármol y a la paz de sus sarcófagos, mientras el espíritu de Bolívar se siente aún vagar, bajo estos árboles añosos y por esa casa en ruinas, con la angustia implacable de las almas en pena...?

Durante nuestra peregrinación por la Quinta, por los jardines, por los corredores y las oscuras salas, ya próximo, ya lejano, pero siempre pertinaz y angustioso, un grito de agonía nos ha acompañado sin cesar... Ese grito que Gustavo Santos, nuestro amable guía, califica de “esquiliano” y que parece, en efecto, exhalado a través del gesto único y de la bocina acústica, por la máscara de la tragedia antigua, es el grito de un enfermo hospitalizado en la Quinta, que, por ahora, es un sanatorio militar. Así, después de haber sido buen retiro de un rico hombre colonial, anfitrión del propio virrey, y nido de los amores, de los placeres y de las melancolías de Bolívar, la Quinta siente hoy su augusta tristeza turbada por dolores anónimos y oscuros... “Profanados” y vamos (íbamos) a escribir, ligeramente, porque tal vez es el dolor lo único que equipara a la humanidad y nivela al prócer y al paria, cuyas lágrimas son absolutamente iguales... El dolor del leproso no profana al del monarca; ambos se anudan en idéntica santidad.

Recorrimos las habitaciones. En este pequeño salón está la chimenea de mármol sobre cuya repisa firmó el héroe la denegación de indulto a los conjurados de septiembre; aquella de más allá se antoja la alcoba que Manuelita Sáenz, “la amable loca”, perfumara con su frívola femineidad; esa otra es el comedor privado, y contigua está la sala de banquetes donde en cierta ocasión el héroe subió sobre la mesa y la recorrió de uno a otro extremo entre la plata derribada y los añicos de la cristalería... ¿Por qué Bolívar subió sobre la mesa, el que más bien fue entropélico aun en la misma orgía?... Quizás por lo mismo que subió a los Andes, por ese instinto de dominar que movía su “voluntad disparada”, por esa influencia de Dionysio que según Rodó lo exaltaba; para ver desde arriba el occipucio de sus generales y comensales; por lo mismo que subió al Chimborazo, más alto que La Condamine y que Humboldt, y que junto al Salto de Tequendama, como emulado por el gigantes-

co desplomo de la catarata, brincó osada y temerariamente hasta la piedra musgosa y resbaladiza, como para integrarse en el ímpetu y el trueno del torrente...

Disipado ese profano y dionisiaco episodio del banquete, vuelve la tristeza reinante a agolpar sus telarañas en los ángulos de los muros y a murmurar entre las frondas de los árboles carcomidos y centenarios. Estos cerezos son del tiempo del Libertador; este bosque de cedros fue plantado por su mano. Los cerezos de la especie silvestre, son el mismo capulín mejicano; el bosque es particularmente sombrío, es inquietante, es fúnebre, quizás porque el sol muere, tal vez porque el grito "esquiliano" sigue llegando hasta allí, estremeciendo duras frondas cupresinas, como si de ellas quisiera colgar, lúgubres exvotos, los harapos de un alma destrozada!

Junto al bosque se levanta el mirador de la Quinta. Alguien hace notar que de toda ella es ese sitio, el más propicio para evocar al Libertador de pueblos. Tienen en efecto el belvedere la soledad y la altitud del genio. Desde su gran ventana, por una escarpadura, asoma allá abajo Bogotá, sobre la Sabana; pero una Bogotá idealizada por la distancia y transparente en la combustión crepuscular, semejante con sus tejados suavemente bermejos, y sus muros blancos tocados de un reflejo primaveral, a una ciudad de poema chino, hecha de coral y de jade, de porcelana y malaquita.

En efecto, en las tardes de la vida, evocadas en el pensamiento poético de Pombo, epígrafe de estas líneas, Bolívar, junto al alféizar de aquel mirador, debe haber contemplado a Bogotá tendida a sus pies... Sintiendo revolotear en su mente el amargo verso de Dante: *Nesum maior dolore...* ¿Recordó entonces los días juveniles cuando contemplando a Roma desde el Aventino, concibió su epopeya libertaria y redentora? ¿Recordó los días de madurez gloriosa, en que desde los miradores de plata, desde las heladas cumbres de los Andes, vio su sueño de Roma realizándose sobre

América libertada? ¿Descendiendo al crepúsculo por las empedradas rampas del alto mirador fuese entonces a escribir una de aquellas cartas, tristísimas, que parecen alumbradas por el espectral fulgor de su estrella en descenso y entre cuyas líneas se arrastra un lamento de Eclesiastés? Una carta como aquella dirigida a Santander:

por doquiera me asustan los espantosos ruidos de las caídas; mi época es de catástrofes; todo nace y muere a mi vista como si fuese relámpago [...] No, amigo mío, no puede ser; ya que la muerte no me quiere tomar bajo sus alas protectoras, yo debo apresurarme en ir a esconder mi cabeza entre las tinieblas del olvido y del silencio, antes que del granizo de rayos que el cielo está vibrando sobre la tierra, me toque a mí uno de tantos y me convierta en polvo, en ceniza, en nada [...] Bonaparte, Castellar, Nápoles, Piamonte, Portugal, España, Morillo, Ballesteros, Iturbide, San Martín, O'Higgins, Riva-Agüero y la Francia, en fin todo cae derribado o por la infamia o por el infortunio, ¿y yo de pie? No puede ser: debo caer.

Esa ola de pávida elocuencia, que tiene frémits de fe y ardor de profecía, acude a mi memoria, la conturba y luego de ella se exhala rodando sus truenos cóncavos por los ámbitos todos de la mansión heroica.

Y luego con las últimas luces del crepúsculo, de los negros pinos centenarios; de la casa envuelta en penumbra inquietante, como de *maison hantée*; de las piedras musgosas, de la vetustez, de la resina, de la sombra, pareció exhalar y penetrar en mí la ráfaga glacial de una lamentable certidumbre.

Torné a evocar las estatuas yacentes, los númenes incorporados al mármol y a la paz de sus mausoleos, de Napoleón y de Washington, aquél transfigurado en el éxtasis de su ambición satisfecha, hasta poner coronas de reyes en la frente de sus soldados, éste

durmiendo cabe la fuerza y el poderío del pueblo por él libertado, como un faraón en el seno de una pirámide incommovible y eterna.

No así Bolívar cuya obra no era sólo la redención de América libre del yugo extraño, sino la unificación de América, fortalecida por vínculos que afirmaran esa libertad y la hicieran invencible ante peligros futuros que su iluminación ya preveía.

De entonces acá, del Norte donde rugió el mar de sombras que se tragó a Atlántida, de quien Platón recogiera un último suspiro, llegan las intermitentes embestidas, como periódicos terremotos, que van menoscabando la libertad de nuestra América, soñada por Bolívar, invencible en su unión... El Leviatán devora territorios, islas, litorales; el lugar mismo, equidistante corazón del Continente latino, donde debía celebrarse el Congreso Anfictiónico, echando para siempre los cimientos de la incommovible fuerza futura, es a su vez devorado por las viscosas fauces...

Y entre tanto tiemblan en voluntario aislamiento las naciones de América, que podían juntas y unidas erguirse soberbiamente en la confianza de su fuerza!...

¿Qué mucho, pues, que en esta Quinta que es el relicario de la tristeza de Bolívar, vague su espíritu entre ruinas de su obra trunca y desplomada, como implacable alma en pena?

Así vagará, mientras no sea aplacada por el único sacrificio propiciatorio que pueden ofrecerle nuestras manos. No dormirá sino sobre el vasto bloque del único mausoleo, digno de su grandeza, que pueden edificarle nuestras manos. Sólo la unión latinoamericana coronará su obra, cumplirá su testamento, aplacando su alma y las zozobras de sus hijos...

¡Bolívar no puede dormir mientras su América tiembla!

Bogotá, mayo de 1919.

## La nueva poesía de Méjico

Carlos Pellicer<sup>7</sup>

A la poesía del momento trae este juvenil poeta una sutil y afinada sensibilidad. Sus cinco sentidos se abren a la vida ávidamente, en una arborescencia vestida con la vibrante y jugosa fronda de sus 20 años<sup>8</sup>. A esta emotividad de juventud reúne, como hijo de la costa tropical mejicana, una feliz aptitud de plasticidad y cromatización, y tiene manos sensuales que plasman armoniosamente la materia y pinceles cargados de color luminoso.

Pero lo que más sorprende en este adolescente, es su insólita gravedad, determinada o bien por la presencia común a los esenciales temperamentos poéticos, o bien por el ascetismo de arte con que parece regir su disciplinada juventud. Sea lo que fuere, las cualidades que señalamos, firmemente reflejadas en la obra poética, hacen que su joven talento nos sorprenda con grata sorpresa que se resuelve en franca dilección.

<sup>7</sup> *El Nuevo Tiempo* (Bogotá), 21 abr. 1919, 1. El primer párrafo de este artículo servirá de presentación al poema "Preludio" publicado en *Fígaro* (Caracas), I (núm. 2 27 de sep. 1919). Al calce del poema se lee: "En Bogotá, el 2 de junio de 1919. (Inédito)". Más tarde se reproduce el artículo bogotano (aumentado y con cambios) en *El Nuevo Diario* (Caracas) 6 nov. 1919 2. Se incluyen los poemas "Anécdota marina", "La bayadera" y "La Catedral". Años más tarde Tablada se ocupó de *Horas de junio* en su columna "México de día y de noche", *Excélsior* 4 mayo 1937 5.

<sup>8</sup> Lo cierto es que, pese a sus propias declaraciones, Pellicer no nació en 1899 sino en 1897.

La poesía de Pellicer que hemos escogido para los lectores de *El Nuevo Tiempo* da cabal idea de la tendencia general y de las predilecciones particulares de su autor.

“La Catedral”<sup>9</sup> revela las preocupaciones plásticas de Pellicer, que ha meditado sin duda a la luz de las *Siete lámparas* de Ruskin. “Aguafuerte” es el justo subtítulo del poema que al fin, por la virtud de la luna y por el afán cromático del poeta, eminentemente colorista, se convierte en un aguafuerte tirada a tres colores.

El sentimiento de la proporción colosal y abrumadora de la fábrica está sensiblemente expresado por el anonadamiento del poeta, creeríase ver esa imperceptible figura humana que, como índice de relación los arquitectos dibujan al pie de sus proyectos.

Pellicer en otras poesías tiene el sentimiento de *la nuance*, preconizada por Verlaine, del matiz fugitivo amado por Rodenbach:

El tributo de su estrella  
te ofrece, como una hermana  
la tarde que está lejana  
del alba que es casi ella.

Otros versos suyos son másculos y exuberantes:

Ha reventado el capullo  
supremo de mi enorme juventud!

Suele Pellicer rebelarse ante las grandes injusticias, y prueban su enorme indignación esos dos sonetos “A Roosevelt”, escritos con la sangre que aún brota de heridas dolorosas, sonetos que su autor conserva inéditos, pero que algún día repercutirán prolongando airadamente el treno de “La epopeya del cóndor”.

<sup>9</sup> Poema escrito en México el 27 de mayo de 1918.

Teniendo ya tantas cualidades, falta aún a Pellicer exaltar en sí mismo entre otras potencias sintéticas la de la personalidad, ya manifiesta, pero en ocasiones vacilante. Aún se reflejan en sus obras los ortos de otros númenes, Díaz Mirón y Lugones especialmente; pero aun reflejando a esos astros, el espíritu de Pellicer es una gema intrínseca.

El poeta comienza su jornada lírica; cree en la renovación estética dentro de la renovación universal, y este artículo, siendo un viático para el arduo camino, no es más que una “instantánea” de su juventud en marcha<sup>10</sup>.

Bogotá, abril 14, 1919.

<sup>10</sup> En la versión original de este artículo, se reproduce el poema “La Catedral”.

- CABRERA DE TABLADA, Nina. *José Juan Tablada en la intimidad (con cartas y poemas inéditos)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1954.
- CASTILLO, Eduardo. ["Entrevista con José Juan Tablada"]. *El Espectador* 25 ene. 1919: 1. // *El Universal* [Caracas] 14 mar. 1919.
- LIÉBANO, Roberto. "José Juan Tablada". *El Espectador* [Bogotá] 11 ene. 1919: 5.
- MATÉUS, Jorge. "José Juan Tablada". *Cromos* [Bogotá] VII.146 (18 ene. 1919): 10.
- PELLICER, Carlos. "Una nota sobre Tablada". *El Universal Ilustrado* 28 mayo 1925: 55-56 // *Vuelta* 123 (feb. 1987): 68-69.
- PÉREZ SARMIENTO, G. "Poetas mejicanos y poetas colombianos: opiniones de José Juan Tablada". *El Nuevo Tiempo* 29 ene. 1919: 3.
- PHILLIPS, Allen W. "Una amistad literaria: Tablada y López Velarde". *Estudios y notas sobre literatura hispanoamericana*. México: Cvltvra, 1965: 107-120.
- TABLADA, José Juan. "El baile fatal de las mariposas nocturnas". *Actualidades* [Caracas] III.31 (3 ago. 1919).
- "Una entrevista con José Juan Tablada" [sin firma]. *El Tiempo* 26 ene. 1919: 20.
- "Del trópico al ecuador". *Actualidades* [Caracas] III.36 (7 sep. 1919).
- "Los poetas mexicanos en Sudamérica". *Excelsior* 23 feb. 1920: 4.
- ZAID, Gabriel. "Siete poemas de Carlos Pellicer". *Revista Iberoamericana*. LV. 146-7 (ene.-jun. 1989): 1099-1118.
- ZAITZEFF, Serge I. "José Juan Tablada en Venezuela: una aproximación". *Universidad de México*. L. 134-5 (jul.-ago. 1995): 28-32.